

LA MUJER MEXICANA

Antonieta Rivas Mercado

Edición comentada

Fátima E. Téllez González





UNIVERSIDAD DE
GUANAJUATO

La mujer mexicana

COLECCIÓN LECTURAS VALENCIANA

3

LA MUJER MEXICANA



Antonieta Rivas Mercado



UNIVERSIDAD DE
GUANAJUATO



LECTURAS
VALENCIANA

2020

DIRECTORIO

Dr. Luis Felipe Guerrero Agripino
Rector general

Dra. Cecilia Ramos Estrada
Secretaria general

Dr. Sergio Antonio Silva Muñoz
Secretario académico

Dra. Teresita de Jesús Rendón Huerta Barrera
Rectora del Campus Guanajuato

Dra. Claudia Gutiérrez Padilla
Secretaria académica del Campus Guanajuato

Dr. Miguel Ángel Hernández Fuentes
Director suplente de la División de Ciencias Sociales y Humanidades

Dra. Krisztina Zimányi
*Secretaria académica de la División de Ciencias
Sociales y Humanidades*

Dr. Andreas Kurz
Director del Departamento de Letras Hispánicas

Dra. Lilia Solórzano Esqueda
Coordinadora de la Licenciatura en Letras Españolas

Mtra. Flor E. Aguilera Navarrete
Coordinadora de la Colección Lecturas Valenciana

La mujer mexicana

Primera edición electrónica de esta Colección, 2020

D.R. © De los textos: los autores

D.R. © De la ilustración: los autores

D.R. © De la edición:

UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

Campus Guanajuato

División de Ciencias Sociales y Humanidades

Departamento de Letras Hispánicas

Lascuráin de Retana núm. 5, zona centro,

C.P. 36000, Guanajuato, Gto., México

La Colección Lecturas Valenciana es un proyecto editorial estudiantil que forma parte del curso de profesionalización “Corrección y edición de textos”, a cargo de la Mtra. Flor E. Aguilera Navarrete, de la Licenciatura en Letras Españolas.

Diseño de portada: Martha Graciela Piña Pedraza

Grabado de portada: Hortensia Aguilera

Corrección: Alexis Patiño Escogido

Maquetación: Fátima E. Téllez González y Flor E. Aguilera Navarrete

Coordinación editorial: Flor E. Aguilera Navarrete

Apoyo editorial: Brenda A. Ramírez García

ISBN: 978-607-441-728-9 (de la obra completa)

ISBN: 978-607-441-731-9 (del volumen)

Se autoriza cualquier reproducción parcial o total de los textos de la publicación, incluyendo el almacenamiento electrónico, siempre y cuando sea sin fines de lucro o para usos estrictamente académicos, citando siempre la fuente y otorgando los créditos autorales correspondientes.

Hecho en México • *Made in Mexico*

CONTENIDO

Presentación	11
<i>Anuar Jalife Jacobo</i>	
Sobre las ediciones	13
<i>Andreas Kurz</i>	
Advertencia editorial	17
Estudio introductorio	21
<i>Fátima E. Téllez González</i>	
La mujer mexicana	33
<i>Antonieta Rivas Palacio</i>	



Antonieta Rivas Mercado
28 de abril de 1990-11 de febrero de 1931

Foto: Tina Modotti, 1929

PRESENTACIÓN

Roberto Calasso piensa que al editor debe exigírsele un mínimo irrenunciable: “encontrar placer en los libros que publica”. Quizás a un joven estudiante de literatura se le podría pedir algo similar: apropiarse con placer de sus aprendizajes universitarios. La Colección Lecturas Valenciana consigue engarzar los placeres de la lectura, la escritura y la publicación a través de sus dos vertientes, tan distintas como complementarias. La primera nace del interés de sus jóvenes editores por difundir una serie de obras clásicas de nuestra literatura —con autores que van de Francisco de Terrazas a Antonieta Rivas Mercado, pasando por Juana Inés de la Cruz, Ignacio Ramírez, Manuel Gutiérrez Nájera y Laura Méndez de Cuenca, por mencionar algunos—, cuya selección es fruto de lo aprendido durante sus años de formación, del conocimiento y el reconocimiento de una tradición, del cultivo de una sensibilidad individual y de la expansión de la propia curiosidad. La segunda surge de una vocación reflexiva que exige situarse de modo formal en los estudios literarios para realizar cuidadosamente una edición comentada como las que aquí se presentan. El resultado es la construc-

ción de un espacio caracterizado por el rigor literario, el rescate del patrimonio intelectual y el cuidado editorial, para que jóvenes editores mexicanos publiquen sus primeras obras y salgan al encuentro de sus lectores. Se trata de un ejercicio con un carácter formativo y profesional, donde nuestros estudiantes ponen en práctica buena parte de lo aprendido durante sus años de estudio y lo llevan fuera de las aulas.

La aparición de esta colección es una muestra de los esfuerzos realizados en el programa de la Licenciatura en Letras Españolas de la Universidad de Guanajuato para favorecer el desarrollo de competencias profesionales por parte de sus estudiantes y mejorar sus oportunidades de incorporarse al mundo laboral al momento de egresar. Destaca entre estos esfuerzos, los de la profesora y editora Flor E. Aguilera Navarrete, quien, en sus cursos de “Corrección y edición de textos”, ha conseguido crear un semillero de jóvenes editores universitarios que hoy nos entregan sus primeros títulos. En alguna ocasión, Rafael Solana, editor de la emblemática revista *Taller Poético*, se preguntaba: “¿Quién de todos nosotros [...] no soñó alguna vez, en la edad en que esas cosas suceden, en publicar una revista?” La misma pregunta valdría para la publicación de un libro. Hoy los jóvenes editores de la Colección Lecturas Valenciana cumplen ese sueño.

Dr. Anuar Jalife Jacobo

Profesor investigador

de la Licenciatura en Letras Españolas

SOBRE LAS EDICIONES

En el mundo científico y académico se desarrolla, desde cientos de años, una discusión fastidiosa que, se escriba lo que se escriba, jamás terminará ni encontrará solución. ¿Las metodologías de ciencias duras y blandas se diferencian? ¿Las humanidades aportan conocimientos sólidos y duraderos? ¿Filosofía, literatura, historiografía y sociología son ciencia o no lo son? Estas preguntas resumen la discusión y, por supuesto, se trata de preguntas que son falacias porque no puede haber respuestas. El sentido común percibe las cuestiones que trata, por ejemplo, el estudio de las literaturas de regiones y épocas diversas como simple y vulgarmente inútiles, como vaguedades y pasatiempo de gente que se aburre. El sentido común no siempre acierta. El estudio de las literaturas genera un discurso que, en un mundo ideal, podría ser un regulador ético para otros discursos que sí son útiles y, porque son útiles, peligrosos: la técnica, la política, la física, la química, etcétera. Los estudiosos de las literaturas podríamos decir —en nuestros libros, artículos, discursos y clases inútiles— que aún hay algo así como una responsabilidad ética, un ¡has-

ta aquí!, para las ciencias duras y los discursos que forman y moldean nuestras sociedades. Sin embargo, ya no sabemos qué nos da el derecho de sentirnos instancias morales. Tanto el comportamiento de la Academia, como nuestros estudios cada vez más metafísicos y vagos, cada vez más con base en teorías autorreferenciales, en postulados que sólo se explican a sí mismos, nos quitan este derecho. Urge que los estudiosos de literatura, filosofía e historia se reconcentren en objetos concretos, en libros, textos, manuscritos, documentos. Urge que aceptemos que nuestras disciplinas, como la física, la química y las matemáticas, antes de analizar y fraccionar, deben proporcionar datos, tener un corpus que se pueda estudiar.

La gran tradición y el bello arte de la edición de textos actualmente no tiene la posición destacada en nuestras universidades e instituciones que debería tener. Muchas veces basamos nuestros análisis y búsquedas de sentido en textos mal editados o manipulados, en textos que, antes de que se inicie el proceso de investigación, falsifican los datos que vamos a investigar. Al mismo tiempo, mucho de lo escrito en siglos pasados corre el peligro de perderse porque falta el editor paciente que lo rescate y lo presente en forma digna y confiable a los lectores e investigadores actuales.

En este sentido, hay que dar una acogida entusiasta al proyecto de la Mtra. Flor Aguilera y de sus estudiantes, un proyecto que, desde el aula, procura proporcionar esta base científica, los datos duros que también las ciencias blandas producen. Sin esta base no puede haber humanidades. Las ediciones

presentadas en esta colección son un inicio y, más importante, una motivación para los estudiosos de las letras: sí se puede hacer ciencia, sí se puede ser útil ocupándose de cosas inútiles y bellas.

Dr. Andreas Kurz

Director del Departamento de Letras Hispánicas

ADVERTENCIA EDITORIAL

La presente edición del artículo “La mujer mexicana” de Antonieta Rivas Mercado, publicado originalmente en *El Sol de Madrid* en 1928, es una versión comentada con apoyo bibliográfico principal de las *Obras completas de Antonieta Rivas Mercado* de Luis Mario Schneider, de 1987, quien hace esta recopilación de la obra que hasta entonces se tenía registro y conocimiento. Asimismo, se contempló la edición que realizó Tayde Acosta treinta años después, donde se anexaron nuevos documentos descubiertos y algunas cartas inéditas que la versión de Schneider no contiene. La edición de Acosta plantea una problemática respecto al artículo “La mujer mexicana”: si Antonieta Rivas Mercado es realmente la autora de este artículo.

El problema de la autoría atribuida a Antonieta surge porque Acosta se cuestiona que Schneider suele advertir en el estudio preliminar que algunos documentos, cartas, fragmentos de diarios, entrevistas a conocidos y familiares de Rivas Mercado llegan a él, en gran medida, gracias a Alicia, hermana mayor de Antonieta. Después de consultar

las fuentes bibliográficas correspondientes como *El Sol de Madrid*, Tayde no encuentra publicado el artículo en la fecha y el número correspondientes a los citados por Schneider.

Para esta edición se revisó la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España, donde se supone se resguardó el artículo “La mujer mexicana”, sin embargo no fue encontrado. Se da por hecho que Rivas Mercado sí es la autora porque las ediciones de Schneider y Acosta tienen otros ensayos de ella muy similares en temática y estilo.

Para esta edición, se ha seleccionado en específico este artículo con la finalidad de conocer a Antonieta en su faceta de escritora tan poco valorada, pues ha sido opacada por sus demás acciones a favor de la cultura, por sus polémicas relaciones sentimentales, por su caótica vida personal y por su relación con la política de la época. Esta edición, aunque se presenta también como una versión comentada, en realidad es diferente a la Tayde Acosta. En esta edición de la Colección Lecturas Valenciana se agregan datos históricos, con el fin de contextualizar el escenario social, cultural y, desde luego, político en que vivió Antonieta Rivas Mercado. No es propósito resolver la incógnita respecto a la autoría del artículo, dado que Schneider no especifica en su recopilación cómo llega a dicho texto, así como tampoco Tayde Acosta lo aclara en su compilación.

Para efectos propios de esta edición comentada, se han utilizado fuentes muy valiosas como *La Jornada*, *Excélsior*, la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España, diccionarios, entre otros. En

todos los casos se consigna la fuente de procedencia original, seguida de su localización en las *Obras completas de Antonieta Rivas Mercado*, de Schneider.

Se ha transcrito el texto original haciendo modificaciones de orden ortográfico, con el objetivo de actualizar el uso de la lengua. Además, se agregaron comentarios que podrán ayudar a los lectores actuales a una mejor comprensión del discurso.

ESTUDIO INTRODUCTORIO

Fátima E. Téllez González

María Antonieta Valeria Rivas Mercado Castellanos nació el 21 de agosto de 1900 en la Ciudad de México. Es mejor conocida como Antonieta Rivas Mercado. Fue hija de Matilde Castellanos Haff y Antonio Rivas Mercado.

Su padre era originario de Tepic, Nayarit. Fue enviado a Inglaterra a estudiar y, posteriormente, a París, donde cursó la carrera de arquitectura. A su regreso a México, se proyectó como uno de los arquitectos más importantes de la época porfirista. Ejemplos de su trabajo son el Ángel de la Independencia, la casa Museo de Cera de la calle Londres, el Teatro Juárez de Guanajuato y la decoración del Salón Embajadores del Palacio Nacional.

La casa número 45 de la calle tercera de Héroes en la colonia Guerrero fue el hogar que la vio crecer. Nacida en el seno de una de las familias más importantes del México porfirista, Antonieta Rivas Mercado fue educada de acuerdo con los estándares de educación que marcaba la época para los hijos de familias acomodadas, es decir, con institutrices. Al

respecto, señala Luis Mario Schneider que la de Antonieta fue “una mexicana de ascendencia inglesa, Berta Glinck; después una profesora normalista de apellido Torres”.¹

Antonieta es la segunda de cuatro hijos que tuvieron sus padres. Sus hermanos fueron Alicia, Amelia y Mario. Desde pequeña, convivió con la cultura y con espacios donde coincidía con grandes personalidades, amigos de su padre, principalmente. Además de aprender inglés y francés, idiomas que ayudarían a acercarla a lecturas de autores británicos y americanos, aprendió sobre la vida de actores, pintores, escultores, médicos y filósofos.

Los viajes fueron inevitables en la vida de Antonieta Rivas Mercado. La familia entera viajaba constantemente fuera por asuntos de trabajo del padre, como parte de unas vacaciones, o bien, por alguna celebración. Schneider escribe que, estando en México, la familia “pasaba las Semanas Santas en Guadalajara, en Chapala, al borde del lago”.²

En 1909, Antonieta Rivas Mercado realizó su primer viaje al extranjero, específicamente a Francia, en compañía de su hermana Alicia y su padre, con motivo de recoger los bronce de la Columna de la Independencia, que estaban bajo la dirección de su padre, Antonio Rivas Mercado. En 1910 se celebraría el centenario de la Independencia mexicana, por ello el Gobierno de Porfirio Díaz organizaba una gran fiesta

¹ Schneider, 1987, p. 12.

² Schneider, 1987, p. 13.

conmemorativa, en la cual el arquitecto Rivas Mercado tenía grandes responsabilidades. En París pasaron casi doce meses, en una casa rentada frente al jardín de Luxemburgo. Su regreso fue en febrero de 1910.

Las hermanas Rivas Mercado fueron educadas nuevamente por una institutriz, quien les enseña a leer y escribir en francés durante el tiempo que permanecen en París. Según Schneider, este hecho, sin duda, ayuda a asimilar toda una cultura a Antonieta Rivas Mercado.

Alicia, hermana de Antonieta escribe al respecto:

Una noche, al volver de la ópera de ver *El lago de los cisnes*, Antonieta no me dejó dormir. Encendía la luz y frente al espejo del ropero se paraba de puntas. Entonces fuimos a que la viera Tante Blanche [esposa de un amigo del padre] y esta, ni tarde ni perezosa, empezó a buscarle una maestra de baile hasta que llegó con el profesor Soria, nada menos que de la ópera. Quiso ver a Antonieta y cuando vio que tenía unas facultades extraordinarias dijo que le daría clases dos veces por semana. Antonieta se quedaría a vivir con una familia francesa [para] formar parte en el cuerpo de ballet de la ópera. Papá le dijo que 'No' pues nos regresábamos a México.³

Tras el regreso de la familia Rivas Mercado a la Ciudad de México en 1910, y siendo Antonio Rivas Mercado el arquitecto oficial de las fiestas del Cente-

³ Alicia Rivas Mercado, en Schneider, 1987, p. 14.

nario de la Independencia, Antonieta vivió de cerca los grandes acontecimientos históricos y culturales que transcurrían en ese momento. Sin embargo, la Revolución mexicana comienza a gestarse para entonces, situación política de la cual Antonieta es testigo.

Era 1913, cuando los padres de Antonieta decidieron separarse, su madre, Matilde Castellanos Haff, se marchó a vivir a París, llevándose a su hija Alicia, de tan sólo 12 años de edad. Dos años después, en 1915, su madre regresa para reestablecerse en México, mas no en su antigua casa.

A mediados de 1918, no se sabe la fecha exacta, Antonieta contrae matrimonio con el ingeniero estadounidense Albert Blair, quien llegó a territorio mexicano protegido por la familia Madero, de quienes era amigo. Antonieta Rivas Mercado y Albert Blair tuvieron un hijo que nació el 9 de septiembre de 1919, a quien le pusieron por nombre Donald Antonio.

Años más tarde, en 1923, la nueva familia de Antonieta se mudó a San Pedro de los Pinos, Coahuila, a una hacienda que pertenecía a los Madero.

La separación de Antonieta y Albert Blair fue un hecho inevitable, y del cual se encuentran muchas versiones. Sobre esto, Schneider afirma que el hijo de Antonieta, en un reciente reportaje en el periódico *Excélsior*, menciona que “la juventud, la inmadurez y el carácter dominante de ambos padres, fueron algunos de los factores que llevaron a la separación de estos”.⁴

⁴ Schneider, 1987, p. 15.

Al respecto, Donald Antonio cuenta al periódico *Excélsior*:

Cuando vivíamos en San Pedro de los Pinos, mi abuelo Antonio escribió a mis padres invitándolos a Europa por una temporada (2 años). Mi mamá se entusiasmó; se vio liberada de la vida campesina y sin más aceptó la invitación. Mi padre, más sensato y sobre todo muy orgulloso declinó la oferta. Pero mi madre se impuso y consideró que desde el momento que mi papá nos despidió en Veracruz no sólo se separaron geográficamente, pues después de dos años, a nuestro regreso ya se había levantado una demanda de separación.⁵

Antonieta, en compañía de su padre y su hijo, se marcha hacia Europa en 1923, siendo Francia, Italia y Suiza los nuevos lugares de residencia de los Rivas Mercado. Durante su estancia en Europa, Antonieta aprendió latín e italiano, terminó sus estudios en música y asistió a clases de filosofía en Ginebra.

Su regreso a México, en 1925, se debió a problemas con la justicia. Albert Blair inició un proceso por abandono de hogar, con el cual reclamaba la custodia de su hijo, misma que ganó y que Antonieta peleó los años siguientes.

Antonio Rivas Mercado muere el 3 de enero de 1927, a la edad de 73 años. Este doloroso acontecimiento marcaría la vida de Antonieta, pues además de

⁵ Blair, 1981, pp. 1-4 B.

haber sido siempre la predilecta de su padre, era bajo el poder de éste donde Antonieta se refugiaba. Heredera principal de los bienes de su padre, Antonieta deja la casa de la calle Héroes para cambiar de dirección a Monterrey 107, debido a que la antigua casona pasó a ser propiedad de su hermana mayor Alicia.

Después de la muerte de su padre y la pérdida de la custodia de su hijo, el destino llevó a Antonieta Rivas Mercado a involucrarse con los grandes personajes de la esfera literaria y cultural de México. Así, a finales de ese año, en 1927, conoció a Xavier Villaurrutia, a Salvador Novo y a Gilberto Owen, quienes dirigían la revista *Ulises*.

En diciembre de ese mismo año, en el número 5 de la revista *Ulises*, Antonieta colabora con una fuerte reseña del libro *En torno a nosotras*, de la también feminista española Margarita Nelken. Esta reseña es relevante, ya que Antonieta deja ver una de sus mayores preocupaciones: el feminismo. En ella evidencia sus reflexiones sobre la necesaria transformación de la mujer moderna, así como también su rechazo cultural y político de los Estados Unidos de América, a su supuesto “sufragismo igualitario, agresivo y totalitario”, mismo que encontraba representado en uno de los personajes de Nelken, como “prototipo de pedantería”, de ahí que su postura fuera tan enérgica. En dicha reseña, Antonieta escribe: “La mujer es distinta del varón y debe afirmarse su diferencia, en vez de aspirar a igualarse”. Más adelante, observa: “La mujer analizada por sí misma proyectaría luz sobre un oscuro capítulo de la psicología. La esencia de la mujer

yace en sus rasgos diferenciales y ella es la única que puede definirlos”.⁶

En 1928, Antonieta ayuda a la instalación del Teatro Ulises, que funcionó de enero a marzo de ese año, en una casa adaptada para las mínimas exigencias de un espectáculo en la calle Mesones número 42 que había heredado Rivas Mercado. Escribe Schneider:

El Teatro Ulises reunió a la juventud más destacada e inteligente de la generación de entonces: Xavier Villaurrutia, Salvador Novo, Gilberto Owen, Celestino Gorostiza, Agustín Lazo, Roberto Montenegro, Julio Castellanos, Manuel Rodríguez Lozano.⁷

El año crucial para Antonieta Rivas Mercado fue 1928, especialmente en la acción cultural como mecenas de los contemporáneos y en aspectos de su vida sentimental con José Vasconcelos. Todo ello, sin duda alguna, fue de gran importancia para el desarrollo del quehacer literario de Rivas Mercado, para convertirse en una escritora incómoda, fuera del canon, como lo fueron los mismos Contemporáneos, o los pintores amigos suyos, como Manuel Rodríguez Lozano (esposo de Nahui Ollin), que estaba en contra del muralismo riverista institucionalizado.

Antonieta Rivas Mercado estuvo enamorada de Manuel Rodríguez Lozano, sin embargo él nunca la correspondió. Ambos mantuvieron una buena rela-

⁶ Schneider, 1987, p. 17

⁷ Schneider, 1987, p. 20.

ción de amigos. Se escribieron constantemente cartas donde Antonieta revela su propia personalidad como mujer moderna, que puede hablar de forma abierta de temas antes vedados para las señoritas de buena casta. En este sentido, un análisis epistolar también podría contribuir mucho para comprender a Antonieta en su esfera intelectual.

Ahora bien, el artículo que aquí editamos, titulado “La mujer mexicana”, al parecer fue publicado en el periódico *El Sol* de Madrid.⁸ En dicho artículo, Antonieta expone su pensamiento sobre la existencia de un (no) feminismo nacional en su época.

Considerada una de las precursoras del feminismo en México, Antonieta Rivas Mercado encontró el espacio perfecto en *El Sol* de Madrid para escribir su reflexión sobre el papel de la mujer del México de los años veinte del siglo xx, en contraste con la mujer norteamericana y la mujer europea.⁹

En este breve artículo, Antonieta Rivas Mercado reflexiona sobre el problema de la identidad de la mujer mexicana, visto desde el ángulo histórico

⁸ *El Sol* se publicó en Madrid de 1917 a 1939. Se consideró uno de los mejores diarios de la nación española. Debido a los tópicos que en él se abordaban y a los que se dejaban de lado, como la información taurina, a su especial interés por la transformación política y social de España, se le tachó de elitista e intelectual. Además, en efecto, estaba dirigido a un público específicamente burgués.

⁹ Antonieta siempre visualizó las condiciones históricas y sociales que la mujer mexicana padeció en las primeras décadas del siglo xx que le tocó vivir; y haciendo uso de su conocimiento de otras áreas intelectuales y países, no duda en ver la raíz y los antecedentes de la mujer mexicana en relación con el resto del mundo.

y social; apenas deja ver un poco las implicaciones políticas sobre el tema. Esto lo desarrolla con mayor profundidad en el ensayo “Ideales de las mujeres mexicanas: maternidad vs. igualdad de derechos”, así como el camino ideológico que la religión católica había marcado para la mujer mexicana.

“La mujer mexicana” es recopilado por primera vez por Luis Mario Schneider, en *Obras completas* de Antonieta Rivas Mercado. Este crítico señala que dicho artículo salió a la luz en el diario *El Sol* de Madrid en 1928. No obstante, en la edición de la obra completa de Rivas Mercado, Tayde Acosta señala en una nota que al revisar las publicaciones del diario español, de entre 1926 y 1931, nunca aparece este texto de Antonieta, señalando que no se sabe con exactitud de dónde lo obtuvo Schneider. El único dato que se tiene de la publicación es la información recabada en los diarios de Antonieta Rivas Mercado, donde indica que “publicó un texto sobre ‘La mujer mexicana’ en el suplemento dedicado a México: *El extraordinario del Sol*”.¹⁰

En la edición de Tayde Acosta se hace la aclaración del género literario al que pertenece este texto, con el señalamiento de *ensayo*, escrito antes del título. Este dato no lo contiene la versión de Schneider, por lo cual se desconoce si en realidad forma parte del texto original.

En dicho ensayo, Antonieta habla de la posición entre el hombre y la mujer, pero sobre todo hace notar que el problema de la mujer en México (además

¹⁰ Acosta, 2018, p. 139.

de su condición histórico-social) es aceptar una vida llena de pasividad ante el hombre. Cabe resaltar que Antonieta nunca pretendió apuntar con el dedo y de manera peyorativa este rol de la mujer mexicana, sino que trató de hacer un recorrido por las condiciones externas de la mujer misma que la han llevado a creer a priori que su vida está dedicada y diseñada exclusivamente para el marido, los hijos, el hogar y los deberes de la Iglesia.

En 1928, Antonieta escribe:

No vamos a juzgar a la mujer con el criterio masculino de que debe hacer obras que trasciendan de su persona. No; nos concretaremos a buscar a la mujer dentro de la esfera que le es propia, la de su feminidad.

Así pues, puede verse el lúcido esfuerzo y la gran aportación de Antonieta Rivas Mercado por el feminismo en México que, aún sin la popularización del término, comenzaba a ser tema de preocupación y ocupación para algunos durante esos años. De esta manera, se rescata también la imagen de Antonieta no sólo como mecenas, amante, hija del famoso arquitecto Antonio Rivas Mercado, o bien, como la mujer de ojos tristes y vida tormentosa que se suicida en Notre Dame, sino como la imagen de una escritora comprometida con la cultura de su sociedad, en particular con la mujer que vio más allá de un México en ruinas que la Revolución había dejado, lleno de promesas incumplidas e ideales fallidos que aún acongojaban a la gente.

Un año después, en 1929, Antonieta conoció a José Vasconcelos, quien regresaba de los Estados

Unidos de América para postularse como candidato a la Presidencia de la República mexicana. Antonieta apoyó a Vasconcelos en toda la campaña. Durante este tiempo, se enamora de él, mientras su esposa se encontraba en Estados Unidos. Esta relación la marcaría, irremediamente, como escritora, feminista, gestora cultural y, en efecto, como individuo pasional.

Poco tiempo después, Abelardo Rodríguez (presidente de México de 1932 a 1934) emprendió una persecución a los vasconcelistas, por lo que Antonieta se vio obligada a dejar el país y vivir un tiempo en Nueva York. Calmadas las circunstancias políticas en México, decidió regresar, pero su estancia no duró mucho, pues viajaría a París, donde nuevamente se reunió con Vasconcelos.

De acuerdo con Schneider y con diarios como *Milenio* (que recuperó recientemente la figura de Rivas Mercado debido al incendio en la Catedral parisiense), Antonieta pregunta a Vasconcelos en París, una noche anterior a su suicidio: “Dime si en verdad me necesitas”. Éste responde sin saber el alcance que tendría su respuesta: “Ningún alma necesita de otra. Nadie, ni hombre ni mujer necesita más que a Dios; cada uno tiene su destino comprometido con el creador”.¹¹

Al día siguiente, Antonieta entra por la mañana a la Catedral de Notre Dame, donde sentada frente a la imagen de Jesucristo crucificado saca del bolso la pistola, que pertenecía a Vasconcelos, y apuntando hacia su corazón decidió jalar del gatillo. El disparo

¹¹ Ibarra, 2016, s/p.

se escuchó estruendosamente en todo el recinto. El cuerpo sin vida de Antonieta Rivas Mercado yacía sobre una banca de Notre Dame.

La noticia del suicidio apareció en los encabezados de todos los periódicos de París. La Iglesia católica tuvo que realizar una ceremonia especial para limpiar el recinto sagrado del sacrilegio.

Según Laura Ibarra, periodista del periódico *Milenio*, el cuerpo de Antonieta fue enterrado en el cementerio de Thiai, una comuna de los suburbios meridionales de París. En 1936, cuando caducó la concesión de su tumba, sus restos fueron llevados a la fosa común.

BIBLIOGRAFÍA

- S.A. (2019). “La trágica historia de Antonieta Rivas Mercado en Notre Dame”, en *Excélsior*, 15 de abril. Recuperado el 24 de junio de 2019, de <https://www.excelsior.com.mx/nacional/la-tragica-historia-de-antonieta-rivas-mercado-en-notre-dame/1307808>
- IBARRA, Laura (2016), “¿Por qué se suicidó Antonieta Rivas Mercado?”, en *Milenio*, 10 de julio. Recuperado el 20 de junio de 2019, de <https://www.milenio.com/opinion/laura-ibarra/columna-laura-ibarra/por-que-se-suicido-antonieta-rivas-mercado>
- RIVAS MERCADO, Antonieta (2018). *Obras*, tomo I, recopil. de Tayde Acosta. México: Siglo XXI Editores.
- SCHNEIDER, Luis Mario (1987), *Obras completas de Antonieta Rivas Mercado*, México: SEP / Oasis.

LA MUJER MEXICANA



LA MUJER MEXICANA

*El hombre hace la historia;
la mujer hace al hombre.*

G. MARAÑÓN¹

Quienquiera que intente encontrar en nuestro pintoresco medio social un tipo representativo de mujer mexicana, fracasará. La mujer mexicana no existe. Esto se explica fácilmente. Como nación hemos sufrido influencias varias. Desde la española, a la cual debemos el ser, hasta la norteamericana, habiendo pasado por la francesa. El sedimento de estas culturas, depositado sobre un fondo indígena, no se ha fundido aún. Mujeres hay que por su traje y costumbres parecen arrancadas de medios europeos, ya español, ya francés. Otras sufren el contagio norteamericano, adoptando desde el corte de pelo hasta la

¹ En la edición de Schneider, el nombre del autor del epígrafe se presenta como G. Marañón, mientras que en la de Tayde Acosta se presenta como Gregorio Marañón.

manera de vestirse. Y la mujer indígena vive tal como cuando los conquistadores establecieron el reino de la Nueva España. En México todo se está haciendo. No hay que buscar en él todavía un tipo general de mujer. Éste corresponderá al momento histórico en que todas las manifestaciones nacionales sean fisiológicamente nuestras.

Sin embargo, en México hay mujeres. Las encontramos agrupadas en torno a tótems representativos de potencia económica. Propiamente no se puede hablar de castas, porque los acontecimientos políticos se suceden con rapidez tal que no permiten cristalizaciones duraderas. Antes de seguir adelante, diremos que un factor social, que lógicamente debiera servir de amalgama a las mujeres mexicanas, de hecho, se ha modificado adaptándose a las circunstancias de cada una. Me refiero a la religión. En México, todas las mujeres son católicas, ya que no vale la pena tomar en consideración a las que pertenecen a otros credos. Pero el catolicismo mexicano es como una fábrica de trajes a la medida, y en nada suaviza las aristas sociales.

La mujer de la aristocracia vive en casa de planta europea, viste en casa de Paquín,² come a la francesa y cree en todos los artículos de la fe. La india vive en el jacal, de lodo o pasto, viste de manta, come tortillas y frijoles y cree igualmente en los

² Se refiere a la casa de moda de la famosa diseñadora francesa de finales del siglo XIX y principios del siglo XX llamada Jeanne Paquin (sin tilde), quien revolucionó en el cambio de la silueta femenina liberando a las mujeres del corsé.

artículos de la fe. Aquella, cuyo alimento espiritual son las películas americanas, cuyos héroes son los de la pantalla y que baila al son del *jazz*, tampoco tiene inconveniente en aceptar los dogmas católicos. Pero ¡qué lejos se encuentran esas mujeres unas de otras!

En México carecemos de esas fábricas de educación que tan eficaz resultado han dado en Norteamérica. Entre nosotros, la educación también está íntimamente relacionada con el poder económico. El Gobierno no ha tenido el vigor suficiente para centralizar y dar un tipo superior de escuela al que asistieran democráticamente los hijos de todos. Si esto es sensible hasta en los hombres, ¡cuánto más entre las mujeres! Pero hay un rasgo común en la educación que todos reciben. Su ineficacia, su nulidad. Por regla general, la mexicana es ignorante. Sigue en boga la noción de que, así como es obligatorio preparar al hombre para la vida, es innecesario y hasta nocivo preparar paralelamente a la mujer. Ésta sigue siendo, casi siempre, una mujer colonial, en la que se exaltan las virtudes pasivas, si es posible que la pasividad sea virtud.

No sabemos hasta qué punto atribuir a la identidad de religión una actitud uniforme de docilidad en las mujeres. La mexicana es un parangón de docilidad. Claro está que con las mujeres cuya bondad misma se define negativamente, es inútil buscar su manifestación positiva en la sociedad en que viven. Las mexicanas no actúan, y ni siquiera en el campo de la filantropía demuestran una actividad digna de mención. Bien es cierto que el fermento revolucio-

nario de 1910 hizo brotar mujeres³ que apasionadamente se dieron a aquella causa; pero su labor no fue constructiva, sino sentimental. Sirvieron de propagandistas, fueron agitadoras, muchas veces admirables por su entereza, pero desempeñado siempre un papel secundario. La derrota de esas mujeres, quienes formaron núcleos llamados feministas, está escrita en la Constitución que ahora nos rige. Pues ni siquiera se hicieron oír cuando se estaban elaborando las leyes nuevas que habían de afectar a la mujer y al niño.⁴ El criterio de la legislación de 1917 es puramente masculino. En México se ha dado el mismo fenómeno que en los demás países latinos; no hay feminismo. Ese injerto sajón no prendió en nuestro medio.

³ Existen varios tipos de estos grupos de mujeres que se integraron a la lucha revolucionaria y que refiere Antonieta, algunos de ellos fueron las magonistas, las maderistas y, por supuesto, las adelitas. Tania Meza Escorza, en un artículo publicado en el diario *Milenio*, titulado “Las mujeres que hicieron la revolución mexicana”, expone: “Gracias a la lucha que sostuvieron las mujeres durante la revolución sus demandas fueron incorporadas a la legislación y plasmadas en leyes tales como la Ley del Divorcio con Disolución de Vínculo, promulgada por Venustiano Carranza en 1914, la Ley Sobre Relaciones Familiares expedida en 1917 y la Ley del Matrimonio, que decretó Emiliano Zapata en 1915” (14 de noviembre de 2017).

⁴ La Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos fue promulgada el 5 de febrero de 1917. Algunos ejemplos de las reformas que menciona el texto son el artículo 4º de la Constitución, donde se declara la igualdad entre hombres y mujeres, y el artículo 25, donde se señala que la ley establecerá obligatoriamente mecanismos y dispositivos que alienten el esfuerzo de las mujeres, especialmente de aquéllas que sean el único o principal sostén de sus hogares.

En general, se conceptúa a la mujer en México buena. De los hombres se dice, con una sonrisa benigna, que son una calamidad. Pero de la mujer, que es buena, muy buena. Extraño concepto de la virtud femenina que consiste en un “no hacer”. Podría indicarse que para no hacer es preciso ser de alguna manera. Cabe la duda de que dicha virtud sea un fruto del temor, más que un producto espontáneo. Porque salta a la vista que la pasividad femenina sirve socio a la licencia masculina. Las mujeres mexicanas en su relación con los hombres son esclavas. Casi siempre consideradas como cosa y, lo que es peor, aceptando ellas serlo. Sin vida propia, dependiendo del hombre, le siguen en la vida, no como compañeras, sino sujetas a su voluntad y vendidas a su capricho. Incapaces de erigirse en entidades conscientes, toleran cuando el hombre venga. El resultado es que éste no estima ni respeta a la mujer y que ella se conforma, refugiándose en lo que han llamado su bondad. Pero ya es tiempo de decirles que se trata de un poco de éter o cloroformo sentimental que el hombre les ha estado dando. Si la bondad de la mujer no hubiera sido una bondad piadosa, se reflejaría en sus hijos, en sus maridos, en todos aquellos hombres accesibles a su influencia.

No vamos a juzgar a la mujer con el criterio masculino de que debe hacer obras que trasciendan a su persona. No; nos concentraremos a buscar a la mujer dentro de la esfera que le es propia, la de su feminidad

y, con Marañón,⁵ diremos que su obra es el hombre. ¡Qué requisitorio merecen entonces las mujeres de México! Como esposas, toleran y sufren. Como madres sufren y toleran. Incapaces de elevarse a la altura que su misión requiere, han dejado que el hombre vaya a la deriva, sin un criterio moral que norme sus actos. Basta echar una hojeada a las páginas de nuestra historia para sentir inmediatamente que nos han faltado mujeres fuertes, mujeres conscientes de sí mismas y del papel que debían desempeñar.

Alguien dijo que la mujer es la mantenedora de la raza. Por naturaleza lo es; pero basta ya de creer que por sabiduría infusa la mujer acierte a ser esposa y ser madre. No sólo es insuficiente dar nada más la vida física, sino muchas veces criminal. Es menester que la mujer se ponga en condiciones de dar vida moral. ¡Que la mujer se haga capaz de dar vida moral al hombre! ¿Podría darse algo más difícil, pero al mismo tiempo más apremiante? En verdad, y aunque el hombre voluntariamente no se lo confiese, por instinto espera de ella ese don inapreciable, como si ella estuviera en contacto íntimo con fuerzas vitales a las cuales él no tiene acceso. Pero esa realidad espiritual que el hombre presiente no debe bastar ya a la mujer. Creemos que está obligada a desarrollar el esfuerzo indispensable para hacer efectivo en ella lo que hasta hoy ha sido posibilidad. Diríase que la mujer es un teorema sin demostra-

⁵ Gregorio Marañón (1887-1960) fue un importante médico, científico, escritor e historiador español.

ción. Su contacto íntimo con la vida, su intuición de ella exige medios para que pueda utilizar esa influencia, hasta ahora virtual. Es preciso, sobre todo para las mujeres mexicanas, ampliar su horizonte, que se la eduque e instruya, que cultive su mente y aprenda a pensar. Puede repugnarle a la mujer emplear la lógica masculina; pero como no ha elaborado una propia, antes que preconizarle que lo haga más vale urgirla a que venza su resistencia y aproveche la existente; si puede, que la modifique y se valga de ella para hacer sentir su presencia, no como un ser encerrado en sí mismo, sino capaz de imprimir a la vida de otros seres el giro que ella desee.

El cultivo de la mujer será el exorcismo que la limpie de su “bondad pasiva”, provocando reacciones que hagan cesar en México la repetición de un siglo de historia como el que contamos desde nuestra independencia.

El Sol de Madrid, febrero de 1928



Título: *Alucinada*

Autor: Hortensia Aguilera

Año: 2007

Técnica: Grabado en linóleo

Medida: 30 cm x 40 cm



La mujer mexicana, de Antonieta Rivas Mercado, se terminó de editar y digitalizar en agosto del 2020, en el Departamento de Letras Hispánicas, División de Ciencias Sociales y Humanidades, Campus Guanajuato, de la Universidad de Guanajuato. La edición estuvo al cuidado de Flor E. Aguilera Navarrete, Fátima E. Téllez González y Brenda A. Ramírez García.